

Por qué me fui de La Nación



Carlos Morales

Es difícil dejar la familia y la casa donde uno se ha criado. Pero es más difícil aún, romper con un estilo de vida, con un cuadro de principios, que lo conforman a uno.

No ser fiel a las indicaciones de la conciencia y al respeto de los valores por los que siempre se ha luchado, es irse desmoronando poco a poco.

La vida lo va moldeando a uno, pero el hombre ambicioso, luchador y revolucionario, no ha de perder nunca la esperanza de poder, aunque en mínima parte, moldear algunos aspectos de su circunstancia.

Abandonar una casa, un hogar, puede significar un dolor profundo, pero al mismo tiempo puede representar un avance en el autoconocimiento y en la consolidación personal de un pensamiento, de una actitud ante la existencia. Torcer la senda para no soportar ese dolor, nunca puede ser útil al hombre, es más bien la señal de su caída y el principio de los tropiezos entre sus metas espirituales y las obligaciones de la vida circunstancial.

Aceptar las instrucciones que no caben dentro de la línea personal de pensamiento y las normas éticas que cada uno posee, puede ser el inicio de un agachamiento indefinido que corroe paulatinamente y, al paso de los años, impide levantar la frente. Es preferible soportar un sufrimiento temporal que una lamentación eterna por inculcamiento de cobardía. Se puede ser servidor, pero no servil y la primera característica del servilismo es la pérdida de la libertad, del pensamiento individual y del derecho a disentir.

Durante casi 10 años he librado algunas pequeñas luchas por la profesionalización del periodismo, por la dignificación de ese oficio y el respeto a sus normas. Me forjé dentro de la idea de un periodismo profesional y propicié, en toda circunstancia, el respeto hacia esta profesión liberal, tan digna y avalada por conocimientos científicos, como cualquiera otra de las conocidas.

Se me quiso imponer la orden de un abogado que no sabe de periodismo, que ni siquiera está respaldado por el único instrumento que ahora regula nuestra profesión. Se me quiso colocar bajo las órdenes de un profesional ajeno a mi disciplina y eso, no tanto por lo personal, como por la afrenta que constituía para mi profesión, no podía ocurrir con mi silencio.

No desconozco los atropellos que diariamente ocurren en el Colegio de Periodistas y tampoco estoy sordo a los errores que la institución ha cometido, pero el hecho de que los demás burlen las leyes, no me justifica a mí para hacerlo también, no me libran de la responsabilidad de advertir a mi patrono que tales hechos deben suprimirse.

Aún a riesgo de la estabilidad personal y familiar, el hombre ha de ser fiel a sus creencias y esa es la fidelidad primera que nos debemos a sí mismos. Si la ley del Colegio de Periodistas establece que un abogado no puede ejercer la profesión, yo no puedo ser cómplice con mi silencio y antes de serlo, prefiero abandonar la casa.

El periodismo debe consolidarse como profesión liberal y únicamente con la actitud valiente de quienes ahora somos sus integrantes, eso será posible algún día. No hay que medir las batallas por las consecuencias inmediatas, hay que medirlas por su proyección en el tiempo y este, que es el máximo juez de los hombres, habrá de darme la razón algún día. De eso estoy seguro. Antes que claudicar mis principios, antes que abandonar mi profesión cuando más me necesita, prefiero optar el sacrificio y no voy a cambiar esa línea de una vida, por la comodidad de una casa donde ya no cabía.

La lucha del periodismo no termina, apenas si empieza y mientras tenga fuerza para ser un modesto alfil en su estrategia, no cejaré en arriesgarme al campo de batalla.

Por eso presenté mi renuncia en el diario La Nación.

Nota:

Escritas estas líneas hace un mes, me decidí a publicarlas ahora, cuando he llegado al acuerdo con mi amigo Guido Fernández, de que la diferencia de criterios deberá ser dirimida en los tribunales de la República. Es la explicación que debía a los lectores amigos y el mentís a los rumores enemigos.